

padecido un error de cálculo, años atrás, al hacer el balance de su carácter. Mientras bajaba por una callejuela, dijo con acento que quería ser animoso :

— Hémos ya en *Pod's End* ¿ verdad, Jupe ?

— ¡ Sí ! señor. Es aquí ; y, si lo permite, señor, le diré que allí se vé la casa.

Ella se paró, en la hora crepuscular, delante de la puerta de un tabernucho, cuya claridad interior era rojiza y pálida. Hubiérase dicho que ese antro sucio y miserable, á falta de otros mejores, se hubiera puesto á beber su fondo y que, siguiendo la misma suerte de los borrachos, no tardaría mucho en caerse.

— No hay más que atravesar el salón común, señor, y subir por una escalera. Aguarde un momento, que voy á encender una vela. Si oye Vd. ladrar á un perro, es Pata-alerta, y no tenga miedo, pues nunca muerde.

— ¡ Pata-alerta y los nueve aceites ! — dijo el señor Bounderby, con su risa metálica, siendo el último en entrar. — No está mal, no está mal para un hombre positivo que se ha formado solo.

## CAPITULO VI

### EL CIRCO SLEARY

La taberna en cuestión ostentaba el nombre de « Las armas del Pegaso ». Hubiera sido mejor denominarla las piernas del Pegaso (1). Sea lo que fuere, debajo del caballo alado del rótulo se leía en caracteres romanos, Á LAS ARMAS DEL PEGASO. Más abajo todavía, en un cartón ondulante, el pintor había trazado con mano ligera el siguiente cuarteto, que no estaba de acuerdo con las reglas exactas de la poesía :

« Buena cebada da buena cerveza ; —  
Entrad, que la muestra es bien nutrida —  
Buen vino da buen aguardiente ; — venid á  
tomar una copita. »

En un cuadro, colgado en el fondo del pequeño y oscuro mostrador, se veía otro Pegaso, un Pegaso teatral, con alas de gasa verdadera, superpuestas, un cuerpo con una constelación de estrellas en papel dorado y unos arcos etéreos, que estaban representados por cordoncillo de seda colorada.

(1) Hay aquí un juego de palabras, puesto que en inglés *arms* significa á la vez *armas* y *brazos*.

Como la calle estaba muy oscura para que se pudiera distinguir el rótulo, y como la taberna no estaba bastante iluminada para que se pudiera ver el cuadro, los señores Gradgrind y Bounderby no tuvieron ocasión de formalizarse en tales atributos mitológicos. Siguieron á la niña, subiendo por una escalera bastante recta, que desembocaba en uno de los rincones del vestíbulo común; después se pararon en la oscuridad, mientras Sissy iba á buscar la bujía. Esperaban oír de un momento á otro la voz de Pata-alerta; pero al aparecer juntas la niña y la bujía, el famoso perro no había aún ladrado.

— Papá no está en la habitación, señor — dijo la muchacha con sorpresa. — Pero si quiere V. entrar un momento, no tardaré en encontrarle.

Entraron; y Sissy, después de haber adelantado dos sillas, se alejó con paso rápido y ligero. Era un pobre cuarto de dormir, amueblado con miseria. El gorro de algodón, adornado con dos plumas de pavo y una cola de peluca, al modo de una mecha (con el que el señor Jupe había divertido al público, aquella misma tarde, en el espectáculo variado de sus « chistes y bromas shakespearianas »), pendía de un clavo; y no se divisaba otro efecto del guarda-

ropa del clown ni otro indicio de éste ó de sus ocupaciones. En cuanto á Pata-alerta, su respetable antecesor, en vez de embarcar en el arca, pudo bien haber sido excluido de ella accidentalmente, pues la hostería de las Armas de Pegaso, muda á este respecto, no daba testimonio alguno de lo contrario. Nada revelaba allí á la mirada ó al oído la existencia de ningún perro.

Oyeron como se abrían y cerraban las puertas de algunas habitaciones del piso superior, mientras Sissy andaba de una á otra parte en busca de su papá. Luego resonaron algunas voces de sorpresa. Volvió ella á bajar los escalones de cuatro en cuatro, entró corriendo, abrió un viejo baúl de cuero, desmantelado y roído por los gusanos, hallólo vacío y se puso á mirar en torno suyo, juntas las manos y el semblante lleno de terror.

— Papá habrá vuelto al circo, señor. No sé lo que puede hacer allí, pero debe estar. Voy á llamarle al momento.

Y salió al punto, sin sombrero, con la cabellera larga y negra, flotando por detrás.

— ¿Ha perdido la cabeza? — dijo el Sr. Gradgrind. — ¿Al momento? Pero si de aquí al barracón hay mas de media legua.

Antes de que el Sr. Bounderby hubiera

tenido tiempo de responder, apareció en el umbral de la puerta un joven, el cual se presentó, á falta de tarjeta, con la fórmula de « permiten Vds. ¿caballeros? », entrando con las manos en el bolsillo. Afeitado recientemente, su semblante aparecía delgado y amarillo, dándole sombra la profusión de cabellos negros, peinados hacia arriba, con la raya en medio de la frente. Sus piernas eran muy robustas, aunque demasiado cortas para lo que exige la buena proporción. Si éstas eran muy cortas, en cambio su pecho y sus espaldas eran muy anchos. Llevaba un traje á la Newmarket, un pantalón colante y un chal alrededor del cuello. Olía á aceite de quinqué, á paja, á piel de naranja, á forraje y á serrín de madera, ofreciendo el aspecto de un centauro muy extraño, producto de cuadra y de teatro. Nadie hubiera podido indicar con precisión donde empezaba el hombre y terminaba el caballo. En los carteles se designaba á ese caballero bajo el nombre de E. W. B. Childers, de tan justa fama, por su prodigioso salto en la parte de cazador-salvaje de las *Pampas de América*, ejercicio muy popular, en el que el joven de estatura exigua y cara de anciano, que le acompañaba en este momento, representaba á su hijo menor, condenado á ser llevado de ca-

beza abajo y sobre las espaldas de su padre, que lo retenía con la mano, ó á galopar con la cabeza sostenida en la cavidad de la mano paternal y las piernas al aire, según el método un poco violento que, como no se ignora, han adoptado los cazadores salvajes que quieren demostrar ternura á su progenie. Adornado con falsas hebillas, guirnaldas, alas; embadurnado con blanco de perla y carmín, ese niño, de gran porvenir, se hallaba de pronto convertido en un Cúpido gracioso, que hacía las delicias del contingente maternal del público pagador; pero en la intimidad se distinguía con un traje de corte elegante, un poco prematuro para su supuesta edad infantil. Su voz ronca, sin embargo, le daba un aire de lo más jockey del mundo.

— ¿Me permiten, caballeros? — dijo E. W. B. Childers, recorriendo con una mirada la habitación. — ¿Preguntan Vds. por Jupe? —

— Sí; — dijo el señor Gradgrind — su hija ha ido á buscarlo, pero no puedo aguardar más. Le agradeceré, pues, que le transmita un encargo.

— Ya verá V., amigo — interpuso el Sr. Bounderby. — Pertenece á los que conocen el valor del tiempo, al revés de ustedes.

— No tengo el honor de conocer á ustedes — replicó Childers, después de mirar de pies á

cabeza al Sr. Bounderby — Pero si quieren darme á entender que su tiempo les reporta más dinero que á mí, estaré dispuesto á creer, sólo por las apariencias, que no se engañan.

— Y yo también estaré dispuesto á creer que, cuando ustedes ganan dinero, saben guardarlo — añadió Cúpido.

— ¡ Kidderminster, cierra el pico! — dijo Childers.

(Maese Kidderminster era el nombre mortal de Cúpido.)

— ¡ Pues porque vienen aquí á burlarse de nosotros! — exclamó maese Kidderminster, dando muestras de un temperamento muy irascible. — Si se empeñan en burlarse de nosotros, pasen ustedes á la taquilla, suelten su dinero y diviértanse á más no poder.

— ¡ Kidderminster, cierra el pico! Caballero — al Sr. Gradgrind — me dirijia á V. Lo sepa ó no, pues acaso no ha asistido á nuestras representaciones, el hecho es que, de un tiempo á esta parte, ese pobre Jupe mete la pata en todos los ejercicios.

— ¿ Mete... qué? — dijo el Sr. Gradgrind, implorando, con la mirada, la ayuda del omnipotente Bounderby.

— Mete la pata.

— Ayer noche rehusó cuatro metros de

percal — dijo maese Kidderminster. — Hizo la plancha en vez de los ejercicios de cabeza y luego efectuó las contracciones de una manera flácida.

— Es decir, que no ha hecho lo que debía. No ha querido saltar por encima de las banderolas y no se ha atrevido á pasar por los aros. Es decir, que ha faltado á todas sus habilidades — interpretó el Sr. Childers.

— ¡ Oh! — dijo el Sr. Gradgrind. — ¿ A eso llama V. meter la pata?

— Sí; ese es el término general — respondió E. W. B. Childers.

— ¡ Nueve aceites, Pata-alerta, meter la pata, rehusar cuatro metros de percal, efectuar contorsiones!... ¡ Ha! ¡ Ha! — dijo el Sr. Bounderby, riendo con su risa metálica. — ¡ Sociedad muy chusca es ésa para quien sólo debe su encumbramiento á sí propio!

— Descended, pues, del pináculo — replicó Cúpido. — ¡ Á la buena de Dios! Si se ha elevado V. tanto, haga un esfuerzo y baje un poco.

— ¡ Hé ahí á un chico bien desagradable! — dijo el señor Gradgrind, frunciendo el ceño de un modo imponente.

— Hubiéramos invitado á algún joven bien educado, para que nos acompañase, si nos hubiesen dado Vds. aviso de su visita — replicó

maese Kidderminster, sin dejarse intimidar. — ¡Qué lástima que olvidásemos anunciar un espectáculo reclamado, ya que sois tan difícil! Cuando se pone V. á bailar sobre la cabeza de la gente, le hace falta cáñamo tieso ¿verdad?

— ¿Qué querrá decir ese pequeño desalmado? — preguntó el señor Gradgrind, que contemplaba á Cúpido con aire de desesperación. — ¿Qué querrá decir ese pequeño desalmado con su cáñamo tieso?

— ¡Vete á mirar si estoy afuera! — dijo Childers, empujando á su amigo fuera de la habitación, al modo del cazador de las *Pampas de América*. — Cáñamo tieso ó cáñamo flexible, lo mismo da: ello significa sólo cuerda tiesa o cuerda flaca... ¿No quería V. hacerme un encargo para Jupe?

— Sí.

— En este caso, — respondió vivamente Childers — he de decirle que mi opinión es de que no lo recibirá nunca. ¿Le conoce V. bien?

— ¿Yo? No le he visto nunca.

— Pues bien; empiezo á sospechar que no le verá V. Se ha marchado; la cosa me parece bien clara.

— ¿Cree V. que ha abandonado á su hija?

— Sí, — dijo el señor Childers, inclinando la cabeza en señal de afirmación. — Creo que se

ha largado. Anoche se llamó á Azor, anteayer también, y hoy lo mismo, cada vez á propósito de él. Desde algún tiempo, Jupe hace de modo que llamen á Azor, y no puede acostumbrarse á ello.

— Y ¿porqué... se llama... tan á menudo á Azor... á propósito de él? — preguntó el Sr. Gradgrind, con gran solemnidad y repugnancia.

— Porque las ataduras de sus músculos empiezan á endurecerse; porque empieza ya á enmohecerse — dijo Childers. — Como pico, aun puede brillar; pero esto no basta para salir de apuro.

— ¿Pico? — repitió Bounderby. — ¡Vuelta á empezar!

— Como hablador, si usted prefiere — dijo E. W. B. Childers, el cual lanzó esta explicación por encima de su espalda, con aire desdeñoso y dando una sacudida á sus cabellos, que temblaron todos á la vez. — Es, pues, un hecho notable, caballero, que ese hombre ha padecido menos recibiendo bofetones, que al enterarse de que su hija sabía que llamaran á Azor.

— ¡Vaya! — interrumpió Bounderby. — ¡Esta sí que es buena, Gradgrind! ¡Un hombre que quiere tanto á su hija y que la planta ahí! ¡Esta sí que es extraordinaria! ¡Ha! ¡Ha! Bien, joven, le diré una cosa: no siempre he ocupado

la posición en que me encuentro; veo mucho más allá de la punta de mi nariz. Se extrañará V., acaso, si se entera de que mi madre me abandonó.

E. W. B. Childers expresó, con gran malicia, que esto no le sorprendía en modo alguno.

— Muy bien — prosiguió Bounderby. — Nací en un foso, y mi madre me plantó en él. ¿Cree V. que la disculpo? No. ¿La he disculpado alguna vez? Nunca. ¿Qué nombre piensa V. que le doy, por semejante comportamiento? Probablemente la llamo la mujer peor que haya existido, si se exceptúa la borracha de mi abuela. En mí no existe la menor sombra de orgullo hereditario, la menor sombra de imaginación, la menor sombra de esas tonterías sentimentales. Llamo azada á una azada, y no hay favor ni temor que me impidan llamar á la madre de Josué Bounderby de Cokeville como la llamaría si hubiera sido la madre de Pedro, Juan ó Pablo. De igual suerte me porto con el individuo en cuestión. Digo que es un desertor, un pillo, un vago. Hé aquí lo que es, en buen español.

— Sea lo que fuere, en español ó en inglés, lo mismo da — replicó el señor E. W. B. Childers, encarándose á él.

— Explico al amigo de V. lo que ocurre; y si no le gusta escucharlo, puede V. aban-

carse. Hace V. su buen reclamo, en verdad: pero mejor sería que fuera á hacerlo en su propia casa — gruñó E. W. B. Childers, con ironía severa. — No lo haga V. demasiado aquí, á menos que lo pidamos encarecidamente. ¿No dudo que V. poseerá una casa?

— ¡He! ¡He! Podría bien ser — respondió el señor Bounderby, haciendo sonar el dinero en su bolsillo.

— ¿Entonces no podría V. contentarse en hacer el panegírico en su propia casa? — prosiguió el señor Childers. — Ésta, como V. vé, no es de las más sólidas, y podría desplomarse.

Después de mirar nuevamente al Sr. Bounderby de la cabeza á los pies, lo dejó como hombre ya juzgado y se volvió de la parte del Sr. Gradgrind.

— No hace una hora que Jupe encargó algo á su hija y, algunos minutos después, se ha visto como se deslizaba hacia afuera, con el sombrero hasta los ojos y un paquete envuelto debajo del brazo. Lo mismo da; pero su hija no querrá creer nunca que su padre ha huído y la ha plantado aquí.

— Y, dígame — preguntó el Sr. Gradgrind. — ¿Porque no lo creerá nunca?

— Porque ambos sólo formaban uno, porque nunca se separaban, porque hasta hoy Jupe ha